

## JESUITAS, CARMELITAS, PALAFOX Y JOSÉ ANTONIO BUTRÓN

TEÓFANES EGIDO\*

No es posible comprender el Antiguo Régimen, y menos aún, si cabe, el siglo XVIII en España si no se tiene en cuenta que aquellas sociedades se movían en universos mentales sacralizados que justamente en el tiempo de la Ilustración ensayarían los primeros síntomas de secularización. No es preciso recordar a los historiadores cómo en tales sociedades sacralizadas el clero ostentaba, y ejercía, poderes multiformes difíciles de comprender en épocas posteriores. Ahora bien, no respondería a la realidad el creer, a pesar de simplificaciones al uso, que aquel clero poderoso era un sector social uniforme ni unido con una especie de conciencia de clase, valga la perogrullada: en su hegemonía había muchos intereses encontrados, irreconciliables, asaltados y defendidos desde frentes variados. No aludimos siquiera a la enemiga vieja, y nueva, existente entre clero secular, el diocesano, y clero regular, el mundo de los monjes y de los frailes. La confrontación tuvo expresiones y tiempos de violencia especial, también, entre los propios frailes, con sus signos de identidad forjados a veces en la oposición a los otros y animados siempre por las rivalidades casi intrínsecas, compañeras de su ser y de su conciencia y orgullo de familia.

Las prevenciones hacia las órdenes religiosas estaban alimentadas por las rivalidades entre unas y otras, por la lucha de competencias, de prioridades, por el prestigio, por los privilegios, por la riqueza del patrimonio espiritual respectivo, por las luchas de escuela. Y en estas hostilidades participaba también el coro nutrido de adictos o «terciarios» seculares, tan entusiastas a veces como los propios frailes (Egido, 1995).

Una expresión de esta realidad es la que manifestaba Aranda, y eso que escribía cuando legalmente los jesuitas habían sido suprimidos en la Iglesia católica. Hay que recordar cómo estas invectivas se lanzaban en un tiempo en el que se cuestionaba, si no la existencia, sí el número excesivo de frailes, inútiles para muchos ilustrados, puesto que sus funciones podían ser perfectamente asumidas por el clero secular, el diocesano, dependiente de los obispos, regalistas obedientes en su inmensa mayoría, como habían demostrado poco antes en el coro de voces episcopales favorables a la extinción de la Compañía de Jesús. Confiaba Aranda al

---

\* Universidad de Valladolid.

conde de Floridablanca (30 junio 1775) con ocasión de ciertas prevenciones hacia los carmelitas descalzos:

Ya estamos en otros tiempos más ilustrados para conocer que tantas bandas blancas, negras, pardas, blancas y negras, blancas y pardas, capuchos romos, otros agudos, con zapato y medias, con sandalias y pierna al aire, con calzones o calzoncillos, con camisa o sin ella, con sombrero, bonete o capilla, es una mascarada ilusoria... A más, que ya tenemos nuestros pastores naturales, los clérigos, que pueden ejercer con tanta utilidad lo que un sinnúmero de conventuales no hace sino por espíritu de partido y con tanto gravamen del público como que cargan con todo (cit. por Pacheco de Leyva, 1915: 548-549).

No se libraban los carmelitas descalzos (palafoxianos, regalistas) de las invectivas duras de Aranda, que en el mismo comunicado decía de ellos ser peores que los jesuitas ya inexistentes: «más finos que los extintos y una raza que tiene por padre a una mujer, que comen carne y pescado poniendo este por cuerpo y aquella por salsa» (ibíd.: 149).

Sería inacabable la sola mención de motivos que espoleaban la enemiga entre unos y otros (Bartolomé Martínez, 2010). En estas páginas nos centramos en la guerra mantenida entre carmelitas descalzos y jesuitas, en tiempos, naturalmente, muy otros a los fundacionales de la madre Teresa, muy aficionada ella a los «teatinos», como gustaba de repetir y es de sobra conocido.

## LA ANTIGÜEDAD, LA FANTASÍA Y LA CRÍTICA

Una de las constantes en los roces entre órdenes religiosas fue la discusión por las precedencias en tiempos en los que el prestigio, la apreciación social, la ordenación eclesiástica, daba tanta importancia a la antigüedad. No fueron escasos los pleitos suscitados entre unas órdenes y otras por las precedencias, por la ocupación de lugares más dignos, justificados en la edad colectiva, en los numerosos actos de exhibición pública como eran los procesionales, por poner un ejemplo.

Los orígenes de la Compañía de Jesús estaban claros, y eran recientes. Lo mismo sucedía con los de los carmelitas descalzos. Ahora bien, las órdenes nuevas y las reformas del rigor proclamaban su enlace con el tronco, puesto que todas ellas cifraban su identidad en la recuperación del espíritu primitivo, en el retorno a la pureza de la primera regla, en la estricta observancia, sin las relajaciones medievales de los conventuales, de los calzados, de los no reformados.

Fue lo que ocurrió con los carmelitas descalzos de santa Teresa. Recibieron una herencia exuberante en leyendas, bien entendido que las leyendas eran una riqueza que en tiempos precientíficos, precríticos, se identificaban con lo realmente acontecido. Y el legendario carmelitano se basaba en la convicción de sus orígenes antiquísimos y, por ello, más preciados. En aquella guerra de rivalidades y celotipias, de alardes de antigüedad, ya desde la Edad Media se había forjado la tradición que no hizo sino afianzarse y enriquecerse con fervor

en tiempos posteriores: la orden de los carmelitas creía y predicaba que había nacido en el Antiguo Testamento y que fue fundada nada menos que por el profeta Elías en el Monte Carmelo.

Junto a la antigüedad se soñaba con el carácter mariano de aquella orden de eremitas. Ya en el siglo XV se trasmitía lo que recoge uno de los escritos reveladores de aquellas fantasías. Se decía en el *Viridarium* (o Vergel, atribuido al general de la orden Juan Grossi, muerto en 1435), con toda ingenuidad, que el profeta celoso infundió en sus discípulos, también profetas e hijos de profetas, la devoción a María, al enseñarles a vivir en virginidad, pero una virginidad «en honor de aquella Virgen que, sin corrupción, habría de dar a luz al salvador del mundo y (aplicando el Cantar de los Cantares) cuya cabeza sería como el Carmelo: y por este motivo los ermitaños de ese monte se llamaban Hermanos de la Virgen María, porque antes de que naciera fundaron una orden en su honor» (Tomás de Jesús, 1599: 169).

Como la morada de aquella orden estaba tan cerca de Nazaret, la Virgen María visitaba con frecuencia a aquellos monjes sus hermanos, «que le edificaron una capilla los primeros y la eligieron por patrona» (ibíd.: 169). La devoción primera parece haber sido la de María a los carmelitas:

Y esta devoción con los carmelitas —sintetizaba otro de los defensores y propagadores de esta construcción a fines ya del siglo XVI— le venía a la Virgen de sus padres y abuelos, pues la gloriosa santa Emerenciana y santa Ana, abuela y madre de la Virgen, fueron muy devotas de los carmelitas, y allí tuvo revelación su madre de santa Emerenciana cómo había de descender de su generación la Virgen santísima (ibíd.: 170).

De suerte que en la falda del monte, o junto a la fuente de Elías, donde los hijos de los profetas rezaban a María antes de que hubiera nacido, edificaron un oratorio, una iglesia o un templo, que lo mismo da, en su honor. Y de ahí el título mariano de su orden que muchos envidian, dice Tomás de Jesús.

Incluso Juan Bautista sería enterrado allí. Y allí se recogería, antes de entregarse a la evangelización, Agabo, identificado con el mancebo que en la iconografía de los desposorios aparece airado, mejor dicho, desairado, rompiendo con rabia su vara no florecida. Porque la iconografía fue otro de los factores creadores de fantasías como la de la Niña Virgen conducida por su padre Joaquín y vestida ella de carmelita.

El tesoro legendario de los carmelitas se fue completando con promesas celestiales de su perpetuidad, con seguridades salvadoras para quienes llevaran el hábito (el escapulario) y murieran con él, todo ello (y mucho más) certificado por el argumento tan fehaciente de haberlo recibido en visiones milagrosas. A fin de cuentas, se respondía al estereotipo generalizado entre frailes y monjes de ser su orden la predilecta y (en este caso) con antigüedad indiscutible. Todo ello se enseñaba a los novicios, se predicaba a los devotos, se escribía para los más cultos en libros, alguno de ellos excelentes en su género y en su lenguaje barroco y con grabados de calidad (Daniel a Virgine Maria, 1662 y 1680).

Y fue esta antigüedad, y el haber hecho a Elías fundador del monacato, el haberle hecho monje a él mismo, el haber precedido a María en el voto de virginidad, lo que más se combatió, primeramente por celotipias de otras órdenes, y en un segundo tiempo por la crítica histórica, incompatible con las leyendas imaginadas, con la fantasía.

## POLÉMICAS FAMILIARES

No fue pacífica ni mucho menos la posesión de la riqueza legendaria de los carmelitas. Desde muy pronto tuvieron que enfrentarse a los asaltos que llegaban de las otras órdenes. Nos limitamos a los tiempos de la modernidad. Ya desde muy pronto, a finales del siglo XVI, hubo que defenderse de los ataques llegados de otras familias religiosas contra los orígenes elianos que los carmelitas proclamaban. De hecho, el mencionado Tomás de Jesús está respondiendo a las embestidas de un agustino nada vulgar (Román, 1575), y a su libro ya aludido sobre la antigüedad de la orden del Carmelo adjuntó el *Breve tratado en el qual se responde a algunas cosas que un religioso autor escribió, contradiciendo los fundadores, antigüedad, hábito y sanctos de la orden de Nuestra Señora del Carmen*.

Las confrontaciones más duras y duraderas fueron las mantenidas entre carmelitas y jesuitas, entre la fantasía y los comienzos de la crítica histórica. Las batallas entre frailes eran más terribles, puesto que las causas se convertían en corporativas, en una especie de duelo por la honra de la orden respectiva. No podían tolerar algunos jesuitas los alardes carmelitanos por sus orígenes antiquísimos, proféticos, marianos, y prestó material sobrado a sus críticas la *Historia general profética de la orden de Nuestra Señora del Carmen* (Madrid, 1630) de uno de los cronistas primeros de la descalcez, Francisco de Santa María Pulgar. En sus páginas abundantes se defendían con brío todos los integrantes legendarios del nacimiento y del carácter eliano y mariano del Carmelo tal y como hemos podido ver.

Las impugnaciones no tardaron en llegar, y, como decía uno de los implicados en las defensas, «en los púlpitos, cátedras y conversaciones familiares dicen (los jesuitas) muchas cosas al intento por mostrar que el instituto de la Compañía no es menos perfecto por ser más moderado en estas observancias, antes más perfecto por emplearse todo en el amor divino» (Silverio de Santa Teresa, 1940: 124). Hubo de todo: apologías por el propio autor, defensorios, impugnaciones, batallas panfletarias, conversaciones, tesis públicas, intervenciones de gente tan belicosa como el temible jesuita Juan Bautista Poza, intervenciones de la Inquisición recogiendo materiales, memoriales al rey Felipe IV, al papa..., alguna que otra concordia efímera. Todo llegó hasta el extremo de tener que intervenir el papa Inocencio XII (en 1698), e impuso silencio perpetuo y riguroso a unos y a otros «acerca de las antedichas cuestiones de la primitiva fundación y de la sucesión primera de la orden mencionada por los profetas Elías y Eliseo» (Silverio de Santa Teresa, 1940: 99-131).

Esto sucedía a finales del siglo XVII, cuando la polémica se había reanudado aunque con cambio de actores y de escenarios pero por motivos parecidos. Como se puede observar, en el fondo de todas las controversias de este estilo, y junto a intereses claros de orden material e

inmaterial, puede descubrirse el empeño por mantener las tradiciones difíciles de probar, por una parte, y un nuevo concepto de hacer historia por exigencias de la crítica, de la Ilustración entrante, por otra. En este quehacer fueron pioneros los jesuitas belgas con su empresa gigantesca de revisar todas las vidas de todos los santos que se veneraban en la Iglesia católica y ofrecer los resultados de la aplicación de nuevos métodos, de nuevos instrumentos y, sobre todo, de una nueva mentalidad visible en los análisis de los documentos auténticos y con la ilusión de erradicar visiones legendarias e infundadas, las «historias fabulosas» se decía.

Fue el suyo, el de los «Bolandistas», un trabajo en equipo, en otras de las novedades, y un trabajo que se identificó con la Compañía de Jesús, así, corporativamente. De suerte que los ataques a este modo de concebir la historia de las *Acta Sanctorum* se vieron como ataques a los jesuitas, que, por esta causa, cuando se habían conseguido ciertas concordias, tuvieron que entrar en guerra de nuevo con los carmelitas en sus dos ramas, la antigua y la descalza.

Forzosamente tenían que ser críticos los jesuitas Daniel Papebroch y su equipo editor con las leyendas carmelitanas. En los tomos voluminosos se iban desmontando los orígenes elianos y marianos de la orden, la creencia de haber sido el profeta el fundador del monacato, de haber hecho voto de virginidad. Se criticaba, con documentación fehaciente, la autenticidad de bulas pontificias favorables, hasta la cronología de la orden ya en Occidente.

Los carmelitas, cómo no, se dieron cuenta de lo que esta nueva forma de hagiografía significaba para su misma identidad, y reaccionaron con todos los medios posibles. El más poderoso fue el de la delación a la Inquisición (también se dirigirían a Roma, pero aquí todo se tomó con más calma) de los tomos de las *Acta Sanctorum* por «las herejías» (Santiago Medina, 2011: 83) en ellos contenidas. Era en marzo de 1691, y entre expostulaciones, juntas, audiencias, se llegará a septiembre de 1695: los calificadores censuraron las proposiciones de Papebroch como «erróneas, heréticas, *sapientes haeresim*, *impias*, *piarum aurium* ofensivas, y ofensivas también a los pontífices y a la Silla Apostólica, a los santos padres» (ibíd.), etc. etc. Se acentúa por los calificadores que en estos tomos se contienen «proposiciones ofensivas al estado religioso, a muchas religiones, especialmente a la religión carmelitana» (ibíd.). También se tacha a Papebroch de lo peor y de lo más peligroso que se podía decir de alguien en mentalidades sustancialmente misonieístas: «de amigo de novedades» (ibíd.).

De acuerdo con tales juicios, la Inquisición prohibió los tomos de las *Acta Sanctorum* con todas las penas pertinentes para los posibles transgresores. El perjuicio contra los autores y la obra no era solo moral. Era también económico al prohibirse la venta y la compra (no solo la lectura) en territorios y en mercados tan amplios como eran los abarcados por la jurisdicción de la Inquisición en la monarquía española.

Como era natural, la Compañía contraatacó, y de nuevo se entabló la guerra con las armas variadas que conocemos, desde tratados serios hasta los libelos más furibundos. A pesar de ello, prohibido por la Inquisición permaneció por veinte años uno de los productos más significativos de la nueva hagiografía. Concretamente, hasta que en 1715 se levantó la veda: había un rey nuevo, amigo de jesuitas y, no se olvide, que tenía por confesor él, tan escru-

puloso, a un jesuita. Sobre estos desencuentros ha informado amplia y documentadamente Bárbara Santiago Medina (2011).

## NUEVO FACTOR DE DISCORDIA: EL OBISPO PALAFOX

Pero a aquellas alturas se había introducido ya otro motivo no menos inquietante y de fricción entre jesuitas y carmelitas (esta vez solo los descalzos): el obispo don Juan Palafox y Mendoza (1600-1659). Fue un personaje cuestionado y aplaudido, siempre conflictivo, tanto en su obispado de Puebla de los Ángeles como en el de Osma, sede a la que fuera trasladado por los descontentos suscitados en Nueva España con las autoridades civiles y, sobre todo, con más repercusión social, con los jesuitas. Eran los conflictos permanentes de jurisdicción (muy agudos entonces) por la clásica guerra de diezmos y exenciones y licencias, que en esta ocasión se fue complicando hasta extremos escandalosos.

No es posible describir los avatares de estos desencuentros, que no se quedaron reducidos al tiempo y a los lugares en que se produjeron, sino que tuvieron repercusiones duraderas. Sobre todo por la utilización de documentos como la carta al papa Inocencio X (la «tercera inocenciana»), en la que el obispo anatematizaba a los jesuitas con acusaciones despiadadas y que no tardando prestaría materiales al segundo jansenismo, al antijesuítico de las *Provinciales* de Pascal, que servirían para completar el estereotipo negativo de la Compañía y para argumentar cuando se cumpliera el momento de la expulsión. Llegaba Palafox hasta el extremo de sugerir que la Compañía era incorregible, irreformable y, por tanto, nociva para la Iglesia. Se sugería como solución aconsejable suprimirla. La respuesta hostil de los jesuitas, en consecuencia, era más que comprensible y fue más vociferante cuando, con el tiempo, se propuso la beatificación del obispo, lo cual suponría la total desautorización de la Compañía. Todo ha sido analizado con conocimiento de causa por Gregorio Bartolomé Martínez (1991), últimamente por José Antonio Ferrer Benimeli (2013) y, desde otro punto de vista, entre otros trabajos están los de Ildefonso Moriones (2000).

Los carmelitas descalzos tomaron como propia y familiar la causa de Palafox (y, por tanto, la antijesuítica), a la que se entregaron con entusiasmo. No creo que en aquel entusiasmo influyera demasiado el hecho de que acabara siendo carmelita descalza la madre natural «del hijo del delito», como diría el mismo Palafox con sinceridad humilde. Más eficazmente actuó la relación cordial del obispo con la orden. Fue el primero en editar las *Cartas* de santa Teresa (en 1658), con todo lo que significaba el que se valorase una correspondencia que hasta entonces no se había apreciado en demasía, al menos no tanto como los otros escritos mayores de la santa. No es que fuera una impresión depurada, completa (no podía serlo) aquella selección de las «cartas espirituales», pero fue la referencia para las ediciones posteriores (Álvarez, 2001). Palafox, además, legó sus escritos a los carmelitas descalzos. Entre ellos, la autobiografía, mejor dicho, la autohagiografía espiritual que dejó manuscrita y que se imprimiría por entonces, además por el superior general de los carmelitas descalzos de España,

Juan de la Anunciación: la *Vida interior*. Fue impresa y reimpressa en los últimos diez años del siglo XVII, y se convirtió, junto con la carta inocenciana mencionada, en un referente de rechazos y de entusiasmos. Delatado el libro a la Inquisición, combatido por censuras como la del autorizado padre Señeri, fue defendido, como era de esperar, por los carmelitas descalzos: su superior general y teólogo reconocido, fray Juan de la Anunciación arremetió contra las censuras en su amplio escrito *La inocencia vindicada*. Otros defendieron a Señeri con apologías no menos airadas. Por si fuera poco, se trató también por aquellos años de la causa de beatificación del obispo Palafox y Mendoza.

En la confrontación no pudo faltar la guerra de libelos, y hay que decir que en aquellas batallas por la «opinión pública» los jesuitas tuvieron en el aragonés José Antonio Butrón un combatiente aguerrido y maestro en el manejo de la sátira, género (o subgénero) en el que se batieron las mejores armas, las más violentas también, en las guerras no solo frailunas.

## LA SÁTIRA DEL PADRE BUTRÓN

Conocido, y temido, en su tiempo, el jesuita José Antonio Butrón y Mújica no ha tenido fortuna en el trazo de su biografía. Se sabe que nació en Calatayud en 1657 y que murió en el colegio de Segovia en 1734. Ingresó en la Compañía de Jesús en Salamanca, y tuvo diversos destinos, como predicador, como pedagogo, en los colegios jesuitas de Galicia y de Castilla. Parece que sus críticas, mordaces, a la sociedad de los lugares en los que residió, a las autoridades y a sus habitantes (orensanos y sorianos al menos), fueron motivo de sus traslados. Se dedicó, al menos en alguna ocasión, al quehacer literario y demandado de las relaciones de fiestas. Se ha estudiado excelentemente por Roberto J. López (1995) *El clarín de la fama y Cithara de Apolo con métricos rasgos a las reales fiestas que en el felicísimo nacimiento de el Príncipe Nuestro Señor D. Luis Jacobo Primero el deseado executó la esclarecida, nobilísima y muy leal ciudad de Orense* (en Santiago de Compostela, 1708). Fue general el alborozo que en la monarquía se sintió ante un nacimiento de esta estirpe y anhelado durante tanto tiempo.

Años más tarde (1727) se registraba la conjunción de tres satíricos de excepción: la crónica de las fiestas celebradas en Salamanca con motivo de la canonización de los dos jóvenes jesuitas se escribió por el padre Isla, pero está más que probada la participación del maestro, el otro satírico eminente, padre Losada. Llevaba como título *La juventud triunfante*, y entre las piezas previas había una que no era meramente protocolaria: «Dictamen del RR. Padre Joseph Antonio Butrón y Mújica, de la Compañía de Jesús». Más que censura, es una loa entusiasta al trabajo (habla en plural) de los autores, de estos «espíritus nobles, que solo por serlo salieron a honrar a una Orden que parece que solamente la puso Dios en el mundo para hacerla más semejante al JESÚS de su divisa» (Losada, 1727: 10). Son autores a los que conoce aunque se disfracen con el anonimato, como el corregidor en las fiestas gallegas que años antes él narrara:

El disfraz fue de primor,  
 pues tapado (cosa rara!),  
 vimos que el dicho señor,  
 iba cubriendo la cara  
 mostrando al corregidor.

El padre Butrón se encontró con un panorama propicio para el uso de su oficio (a veces de su arte) de satírico temible. Por supuesto, está convencido del valor de este género, porque «hablar de veras con burlas, arduo rumbo» (ibíd.: 11). Como era una realidad incuestionable la conciencia de familia de la Compañía (de las órdenes religiosas), cualquier ataque desde fuera se convertía en causa corporativa. Fue lo acontecido a finales del siglo XVII y durante la existencia combativa del padre Butrón, que puso sus armas temibles al servicio de su Compañía de Jesús. Lo hizo con entusiasmo, a veces da la sensación de que con ira. Por lo que se refiere a tanta pelea entre frailes y al uso de la sátira como de ataque y de defensa, Gregorio Bartolomé Martínez (2010) ha ofrecido materiales más que suficientes en su libro *Los clérigos a la greña*, título nada exagerado. A él remitimos para más información y para una excelente y muy completa antología de estos productos. Y, por supuesto, la obra de Rubén Cristóbal Hornillos (2010) es la más generosa en datos biográficos y, sobre todo, en piezas de la obra escrita de Butrón. Hay que tener en cuenta que, aunque manuscrita, esta producción satírica tuvo una difusión considerable, no fácilmente mensurable, por el número de copias que existen y, sobre todo, porque sátiras posteriores o de entonces, se divulgaban y se querían autorizar atribuyéndoles la autoría del jesuita.

## EL NACIMIENTO Y LA ANTIGÜEDAD

Por lo que se refiere a la contienda entre jesuitas y carmelitas, y más en concreto al empeño del padre Butrón por desautorizar, mejor dicho, por ridiculizar, al rival, las grandes batallas tuvieron lugar a fines del XVII, cuando se juntaron tantos motivos de fricción. Uno de ellos fue el de la defensa de los Bolandistas, inquisitoriados, como hemos visto, por sus posiciones críticas en relación con los orígenes de la orden de los carmelitas, que, en la fabricación de su leyenda rica y fantástica, veían como fundador, con sus votos y todo, al ardiente Elías (arrebataado al cielo en un carro de fuego, y de ahí esas indirectas al «carretero» fundador). Ataca a los descalzos por donde más les dolía: por su nacimiento y rebatiendo la *Historia profética* de Francisco de Santa María o las obras voluminosas del belga Daniel de la Virgen del Carmen por aquellos años más cercanos a la contienda.

José Antonio Butrón, entre el arsenal que utiliza contra este objetivo, escribe un diálogo (no acaba uno de ver cómo esto se llama obra de teatro), entre el celeberrimo Juan de la Anunciación (defensor ardiente de Palafox) y un dominico con poderes cabe el rey para que le defienda intercediendo por él, por su causa, es decir, por su orden: *Diálogo entre fray Juan de la Anunciación, general carmelitano descalzo, y fray Pedro Montilla, dominico confesor del rey*



*Carlos II*, en el que pinta la escena de la intercesión del confesor. Planta al carmelita (C) en su pordioseo ante el dominico (D):

Medio pardal, medio malicioso,  
dados al diablo estaban  
por cierta antigüedad que les quitaban  
de un carro o carretero...  
Nada sentían tanto  
como unos libros que decían  
que a la luz la Compañía había dado,  
donde un tal Papebrochio desalmado  
dijo que no era Elías del Carmelo  
autor o fundador, padre o abuelo.

D: No estés tan enojado,  
que harto la Inquisición los ha humillado.

C: Aquí no hay más remedio  
que mandarlos callar,  
ese es buen medio.

D: Mas, ¿quién lo ha de mandar?

C: El rey.

D: Al rey yo le hablaré,  
pero es muy claro  
que este empeño  
es muy digno de reparo.

(cit. por Bartolomé Martínez, 1991: 179)

Aprovecha el satírico la ocasión para acumular los reparos que va desgranando el confesor del rey con la excusa del «dirán que». Aduzco algunos de ellos:

Dirán que el orden de los carmelitas  
parece religión de mariquitas,  
pues saltándose fuerzas competentes,  
pide que la defiendan los valientes.  
Dirán que si es tu padre el dicho Elías,  
por qué no podrá serlo Sofonías,  
Abdías y Herodías y otros tales  
que en cuanto al consonante son iguales...  
Orden alguna, amigo, antes de Cristo  
difícilmente se habrá visto.

(cit. por Bartolomé Martínez, 1991: 180-181)

Al cuestionar (mejor dicho, al ridiculizar) estas tradiciones carmelitanas se estaba riendo de otra realidad cordial en la orden: la de su marianismo sustancial en la espiritualidad de los carmelitas, que se hacían llamar (y esto provocó problemas ya en la Edad Media) «Orden de los hermanos de la Bienaventurada Virgen María». La catequesis que se impartía a novicios y

devotos hablaba de visiones que tuvo el Profeta premonitorias ya de la protección de María figurada en la nubecilla y en la lluvia fecunda desde el Monte Carmelo, de capillas erigidas en los mismos tiempos de María, visitadora familiar de los eremitas con toda su familia, es decir, con los abuelos (y la niña viste ya con el hábito carmelitano), con José y con el niño. Todo esto, y tantas tradiciones legendarias más, se gestionan con maestría por la sátira de Butrón (Bartolomé Martínez, 2010: 67-70; y 1991: 178-181).

Seguramente no se debe a él, pero responde al ambiente y a la forma de tratamiento, y da la sensación de procedencia jesuítica, una pieza, modélica en su género, en la que se ríe, y de qué manera, de las legendarias relaciones de los hijos de los profetas, de los eremitas del Carmelo, nada menos que con Jesús en persona. Merece la pena ofrecer esta sátira hilarante y tan expresiva de aquellos estilos de guerrear. Se trata de las muy copiadas *Decimas del P. Ramírez, religioso franciscano y obispo de Tuy, acerca de haver predicado un P. carmelita descalzo que Christo fue fraile de su religión* (BNE, ms. 10.927: 113-116):

1. A que pregunte me incita  
el padre predicador  
si fue Regente o Prior  
Christo, siendo carmelita.  
Confieso que fue exquisita  
la aplicación que le dio  
pues la Escritura sé yo  
que dice en su campo ameno  
que Christo fue nazareno,  
mas frayle del Carmen, no.

2. Conferencia literal  
con él no ejecutaría  
porque sé que me diría  
que fue Padre General.  
Mas para mí fue especial  
la alegórica equidad,  
pues yo, con más libertad,  
diría siempre y diré  
que si Christo frayle fue,  
sería Paternidad.

3. Dixo cierto escrupuloso  
que escuchó el literal bayle,  
que Christo nunca fue fraile  
aunque fue tan religioso.  
Que del Carmen fue es dudoso,  
mas, si se mira en rigor,  
yo digo aquí, y no es error,  
ni concepto temerario,  
que sería Trinitario  
pues fue Padre Redentor.

4. Hombre y Dios confieso yo  
que Christo en el mundo fue  
porque es misterio de fee,  
pero Dios y fraile no.  
Vien sé que lo que alegó  
no incita ningún desdén,  
mas no es preciso que estén  
todos de creencia igual,  
porque lo que suena mal  
no a todos parece bien.

5. También oí argumentar  
con teológicas razones  
en algunas conclusiones,  
si Christo pudo pecar;  
pero esto es otro cantar  
que no apruebo ni resisto;  
solo en mi duda persisto,  
y es, que si frayle le hicieron  
¿cómo nunca le dijeron  
el Padre Fray Jesuchristo?

6. En esta respuesta que  
tan osadamente ha dado  
a mí duda no ha sentado  
porque la ha dejado en pie.  
El tema aquel día fue  
sobre si frayle fue o no:  
por lo que quisiera yo  
saver, por mudar de intento,  
en qué casa, en qué convento,  
o qué obispo le ordenó.

7. Toda la proposición  
que con calzador entrare,  
aunque el primor la prepare  
nunca es buena en un sermón.  
Síguese la ilación  
de lo que nos predicaron,  
que si a Christo ahora agregaron  
los Padres para su aumento,  
sería allá en el convento  
donde le crucificaron.

Como puede sospecharse, se erosiona todo el edificio de privilegios y bulas papales a favor del hábito, de promesas divinas de perduración, de protección especial para quienes vistieran el escapulario, etc. etc., estereotipos a fin de cuentas de todas las órdenes, de todos los frailes del barroco (Egido, 1995).

No nos detenemos más en ello puesto que el otro tema dominante en la sátira de Butrón fue el relacionado con el proceso de Palafox. Hubo posibilidades de que avanzase en los últimos años del siglo XVII como hemos visto. La reacción de los jesuitas, concretamente la del padre general, Tirso González, logró cortar por el momento lo que hubiera supuesto sancionar las acusaciones gravísimas del prelado contra la Compañía. En la campaña intervino, cómo no, con el poder de su sátira el padre Butrón.

Comoquiera que el general de los carmelitas descalzos, Juan de la Anunciación, lo repetimos, se erigió en defensor de Palafox, venerado por su orden, el jesuita encontró terrenos abonados para sus invectivas contra quien, para resaltar las virtudes del obispo, lanzara a la publicidad su libro *La inocencia vindicada*. Y en la sátira de esta fase, el padre Butrón fustiga a la par a ambos, al carmelita descalzo y al obispo.

Presenta al carmelita, teólogo del célebre «Curso Salmanticense», como inocente (es el autor de *La inocencia*), es decir, como tonto. Aparece Palafox recriminando a «fray Juan de la Alucinación» la locura de haberse erigido en su apologeta frente a los poderosos teatinos, «que son unos malinos»: «Pues, ¿quién te metió Juan, con esa gente / a salir a torear tan ton-tamente?» (cit. por Cristóbal Hornillos, 2010: 143). Logrará el defensor, dice Palafox, que «dentro de pocos meses / me verá hecho santo de entremeses» (ibíd.: 147).

Fray Juan, cuando un chiquillo dice puta  
porque no le dan agua, pan o fruta,  
nadie el agravio siente,  
porque ve que aquel niño es inocente,  
y hasta su mismo padre  
hace allí gala de carnudo cabrón y le regala.  
Así hacen contigo en mi conciencia,  
que te perdonan por ver tu inocencia.

(ibíd.: 149)

Tampoco es inocente el reproche del niño en el lenguaje de Butrón cuando mira a Palafox, cuyos orígenes (que él mismo confesaba en su *Vida interior* al decir haber sido «hijo del delito») fueron bien aprovechados por la sátira del jesuita. Vuelve y revuelve sobre esta condición convertida en insulto denigrador que se apoya en un estribillo que, por lo visto, repetía el obispo y que se trasmitió con numerosas y notables variantes en sus copias:

De repente y mal cuajado  
te formó una tracalada,  
que obra tan desdichada  
no pudo ser de pensado.  
Por un doblón y un pecado  
al mundo venido has,  
y vendiéndonos estás:  
—¿Qué vales?  
—Tanto más cuanto.  
Yo no sé que valgas tanto.  
Eso costaste... y no más.  
(ibíd.: 156)

El padre Butrón, en su reacción contra *La inocencia vindicada*, echa en cara a su autor carmelita descalzo:

¿Cómo a tu santa madre, ¡oh fray Merlín!,  
niegas por defender la sinrazón  
del hijo de una madre puta ruin?  
(ibíd.: 156)

## CONCLUSIÓN

La enemiga entre carmelitas descalzos y la Compañía siguió hasta que la Compañía fue expulsada de España y suprimida en la Iglesia. Por 1766, las pesquisas reservadísimas para dar con los autores de los motines «de Esquilache» se manipularon de suerte que de ellas se concluyera que los únicos alentadores de las inquietudes habían sido los jesuitas. Una de las expresiones del poder formidable de este cuerpo, fue su reacción (así, corporativa) contra el prelado cuando «con abertura evangélica, decía el Fiscal, manifestó los vicios de la Compañía a Inocencio X» (Rodríguez de Campomanes, 1977: 74). Seguía recordando hechos más cercanos: «¿No son notorias las décimas y sátiras esparcidas al tiempo de publicarse la aprobación hecha por la Santa Sede de los escritos de este venerable obispo, que bastantemente resultan de la Pesquisa Reservada, conservando la indisoluble unión de la Compañía el espíritu de venganza contra tan ejemplar varón?» (ibíd.: 75). Los jesuitas tenían que contemplar, además, cómo se conseguía la continuidad del proceso de beatificación de Palafox, cómo se aprobaban y cómo aparecían las obras completas en una lujosa impresión preparada por carmelitas descalzos. Su respuesta fue la de quemar públicas de los escritos y la ofensiva de «sátiras cuando se publicó su íntegra colección» (Bartolomé Martínez, 1991: 193). Fue muy

copiada aquella que no perdonaba ni al rey ni al papa y que tuvo sus réplicas y contrarréplicas (Cristóbal Hornillos, 2010: 133-137):

¿Qué es el papa? Un fiero hereje.  
 —Y el rey Carlos? Fragmasón.  
 Pues aquesta es la razón:  
 Porque a Palafox protege.  
 Quéjese, pues, quien se queje,  
 Se le ha de hacer lugar  
 A gusto de su paladar,  
 Porque así van los gobiernos:  
 Palafox en los infiernos,  
 Venerado en el altar.

(ibíd.: 134)

Coincidiendo también con el clima de los motines, de los colegios jesuíticos del sur salieron, y se esparcieron por doquier, sátiras como la famosa de los *Gemidos de España*. Es elocuente para constatar la soledad de los jesuitas en aquella España, se dice, «jansenista», con dominicos rigoristas que hacen a la Virgen pecadora, franciscanos escotistas y otras cosas, agustinos luteranos si es que no eran calvinistas. Y los carmelitas descalzos..., pues eran atacados por el proceso turbio y escandaloso en la Inquisición de Logroño, de unos veinte años antes, que llevó a las cárceles y a las penitencias a bastantes frailes y monjas de la orden (Silverio de Santa Teresa, 1943: 726-764):

Que a Palafox declaren por beato  
 enloquece a los frailes alpargates,  
 a España saldrá nada barato  
 el apoyo de tantos disparates.  
 ¿Qué demonio desatado o garabato  
 tendrá con los frailes sus dislates?  
 Si será Palafox algún retoño  
 de los frailes y monjas de Logroño?

(cit. por Egido, 1977: 539)

La causa de Palafox siguió coleando, pero da la sensación, a pesar de los esfuerzos y de los enfados de Azara desde Roma, de que no tenía el mismo vigor que antes, cuando el aprovechamiento de su figura, politizada, resultó tan útil en las campañas contra los jesuitas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez, Tomás (2001), «El Venerable Juan de Palafox ante las *Cartas* de Santa Teresa. Desde la primera edición española hasta la primera traducción *francesa* (1658-1660)», *Monte Carmelo*, 109: 125-143.
- Asensio, J. (1965), «Un libro de solemnidades del Padre Butrón», *Estudios*, 21: 131-136.

- Bartolomé Martínez, Gregorio (1991), *Jaque mate al obispo virrey. Siglo y medio de sátiras y libelos contra Don Juan de Palafox y Mendoza*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (2010), *Los clérigos a la greña*, Madrid, Club Universitario.
- Cristóbal Hornillos, Rubén (2010), *La sátira mordaz de Butrón y Mújica. Edición de la poesía y el teatro de un poeta bilbilitano en el ostracismo*, Calatayud, Instituto de Estudios Bilbilitanos / Institución «Fernando el Católico».
- Daniel a Virgine Maria (1680), *Speculum carmelitanum, sive Historia Eliani Ordinis Fratrum Beatissimae Virginiae Mariae de Monte Carmelo, in qua a S. Propheta Elia origo, per filios prophetarum propagatio, per essenos, eremitas et monachos diffusio et continuata successio, ex vetustis fideique dignis auctoribus exponuntur: Fratrum B. V. Mariae titulus, multiplex persecutio, mariana protectio, a Pontificibus confirmatio, Regulae expositio. S. Scapularis privilegia, Sanctorum Acta, Viri illustres, aliaque proponuntur; contra impugnatōres Defensoria, Informaciones, Apología, Propugnacula et Armamentaria opponuntur*, Antuerpiae, Michaelis Knobbari.
- (1662), *Vinea Carmeli seu Historia Eliani Ordinis Bme. V. Mariae de Monte Carmelo contracta in variis opusculis, Regulam, Originem, propaginem, euentus varios, Patrocinium multiplex, Viros illustres et Provincias omnes delineantibus. Et etiam occasione totius Monastices olim per magnum Prophetam ELLIAM inchoatae et per Christum in perfectione consummatae aintiquitas atque successio luculenter illustratur*, Antuerpiae, Meursius.
- Egido, Teófanos (1977), «Oposición radical a Carlos III y expulsión de los jesuitas», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 94: 529-545.
- (1995), «Mentalidad colectiva del clero regular masculino», en E. Martínez Ruiz y V. Suárez Grimón (coords.), *Iglesia y sociedad en el Antiguo Régimen. III Reunión Científica Española de Historia Moderna*, vol. I, Las Palmas de Gran Canaria, Universidad: 555-571.
- Ferrer Benimeli, José Antonio (2013), *El obispo Palafox y los jesuitas. Análisis de una doble manipulación*, México, Universidad Iberoamericana y Universidad Pontificia.
- Geagea, Nilo (1988), *Maria, madre e decoro del Carmelo: la pietà mariana dei Carmelitani durante i primi tre secoli della loro storia*, Roma, Teresianum.
- López, Roberto J. (1995), «Una relación festiva del siglo XVIII: la celebración en Orense del nacimiento del príncipe Luis según el Padre Butrón», en *Estudios dieciochistas en homenaje al profesor José Miguel Caso González*, vol. II, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII: 11-18.
- Losada, Luis de (1727), *La juventud triunfante, representada en las fiestas con que celebró el Colegio Real de la Compañía de Jesús de Salamanca la canonización de San Luis Gonzaga y San Stanislao de Kostka*, Salamanca, García de Honorato.

- Moriones, Ildefonso (2000), *La causa de beatificación de Juan de Palafox. Historia de un proceso contrastado*, Roma, Amigos del Monasterio de Fitero.
- Pacheco de Leyva, Enrique (1915), *El cónclave de 1774 a 1775. Acción de las cortes católicas en la supresión de la Compañía de Jesús según documentos españoles*, Madrid, Imprenta Clásica Española.
- Rodríguez de Campomanes, Pedro (1977), *Dictamen fiscal de la expulsión de los jesuitas de España*, Madrid, Fundación Universitaria Española.
- Román, Jerónimo, OSA (1575), *Repúblicas del mundo divididas en XXVII libros*, Medina del Campo, Francisco del Canto.
- Santiago Medina, Bárbara (2011), «¿Herejía o difamación?: los Bolandistas ante el Santo Oficio (1691-1715)», *Documenta et Instrumenta*, 9: 75-97.
- Silverio de Santa Teresa (1940), *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América*, IX, Burgos, Monte Carmelo.
- (1943), *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América*, XI, Burgos, Monte Carmelo.
- Tomás de Jesús (1599), *Libro de la antigüedad y sanctos de la orden de nuestra Señora del Carmen y de los especiales privilegios de su Cofradía*, Salamanca, Andrés Renaut.